

le ha atraído. De ahí, también, las excelencias del estilo de Lida, de esa prosa ceñida, desnuda; vibrante retórica que nace del amor a lo justo. No es costumbre referirse, ni siquiera de pasada, al estilo de un crítico; pero es que en el caso de Lida su estilo es su profundidad, la dignidad, el rigor entusiasta con que se entrega a su particular quehacer. Los más de los estudios críticos suelen interesarnos por lo que nos informan; éste de Lida, además, por lo que nos enseña sobre la función, la responsabilidad del crítico. Y es que estamos ante un libro de maestro en el que si se nos habla con inusitada profundidad de Bergson, o de Quevedo, o de Darío, y si se investiga, en última instancia, la "condición del poeta", la actitud de Lida —su estilo— desarrolla página a página una lección sobre la condición del crítico. Libro de humanista que ha asimilado lo mejor de una tradición que, luchando en el mundo hispánico contra la corriente, se esfuerza siempre por ver más y mejor, suponiendo igual voluntad en su público al que, en este alto sentido —responsabilidad del escritor, responsabilidad del lector— se trata sin concesiones.

En estos días en que toda ciencia se pregunta por sus principios y sus métodos, está también de moda preguntarse por los métodos posibles de la crítica literaria; no encontraremos en *Letras hispánicas* ni una frase sobre el asunto; y es que al buen lector, al lector que, "bajo diversas constelaciones", se acerca siempre con igual fervor a la obra literaria, le bastará con el ejemplo.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Ohio State University.

ELIAS L. RIVERS, *Francisco de Aldana, el divino capitán*. Institución de Servicios Culturales de la Diputación Provincial, Badajoz, 1955; 208 pp.

Este libro es una versión, revisada y puesta al día, de la tesis doctoral del autor, *The life and works of Francisco de Aldana*, presentada a la Universidad de Yale en 1952. El profesor Rivers, que ya venía haciéndose un hueco entre los hispanistas norteamericanos, logra con este volumen una situación muy destacada.

Durante los últimos años, la crítica ha venido deteniéndose sobre los poetas que pudiéramos llamar olvidados en el panorama del petrarquismo español. De ellos, han sido Aldana y Medrano los más cariñosamente exhumados, actualizados. Medrano con el estudio de Dámaso Alonso (Madrid, 1948) y Aldana con el que ahora nos ocupa. Con anterioridad, y en lo que a Aldana se refiere, se había publicado el valioso estudio de A. Rodríguez Moñino, guía inexcusable para el tema¹. Instalado en tan sólido camino, Rivers nos da una detenida y veraz exposición biográfica del poeta, basándose en documentos hasta ahora inéditos, fruto de sus pesquisas en el Archivo Nacional de Simancas, ayudándose, en ocasiones, con lo ya conocido —que es recogido y criticado escrupulosamente—, y, cuando ha sido posible, auxiliándose con los textos poéticos del propio Aldana. Rivers no considera inapelable fuente de conocimiento histórico

¹ "Francisco de Aldana (1537-1578)", *Castilla*, 2, pp. 57-137. (Universidad de Valladolid, cursos 1941-1943, con abundante y excelente bibliografía).

los versos del autor estudiado, sino que solamente los usa cuando indirectamente y por varios caminos pueden aceptarse los datos que esos versos proporcionan. Ha sabido muy bien y en todo momento discernir entre lo puramente poético y la anécdota vital que puedan representar los poemas.

Según este análisis, parece que ya podemos considerar fuera de toda duda el nacimiento de Francisco de Aldana en Italia, 1537, seguramente en Nápoles, donde el padre desempeñaba puestos importantes de orden militar. Tuvo una juventud italiana, florentina, al amparo de la corte ducal de Leonor de Toledo, esposa de Cosimo de' Medici, donde recibió la formación humanista típica del tiempo y del lugar, y de la que nos quedan, entre otros, testimonios de su particular amistad con Benedetto Varchi². Estos años explican suficientemente el trasfondo neoplatónico de las obras de Aldana. De este ambiente de juventud proceden también su moral paganizante y su deleite en el mundo pastoril.

Con verdadera minucia podemos seguir ahora los pasos de la carrera militar de Aldana. En 1567, le encontramos en Flandes —ya no volverá a reunirse con su familia en Italia. Es allí donde se hace soldado de fama. Durante uno de los períodos de inactividad militar en Flandes, combatió al lado de don Juan de Austria en alguna jornada contra los turcos, ya después de Lepanto. Vuelto a los Países Bajos, sufre la crisis tan bien perseguida por Rivers, en la que, desengañado de la vida militar, anhela otra más duradera, de evidente tendencia religiosa. En 1576 regresa a España, donde es nombrado teniente alcaide de la fortaleza de San Sebastián. Ese mismo año, Felipe II y el rey de Portugal, don Sebastián, celebran la famosa entrevista en el monasterio extremeño de Guadalupe, para tratar de la futura expedición portuguesa a África. Y, como consecuencia de la entrevista, Aldana, disfrazado de mercader judío, realiza una arriesgada empresa de espionaje en tierras marroquíes, especialmente en la ciudad de Fez. Cumplida la misión, y después de algunas entrevistas con el rey portugués y de reiteradas peticiones de éste para que Aldana le acompañase en la expedición africana, el lunes 4 de agosto de 1578, con el desastre de Alcazarquivir, desaparece la figura terrena del poeta. Elías Rivers ha seguido cuidadosamente los altibajos y vacilaciones de esta última parte de la vida de Aldana, poniendo de manifiesto las excelentes dotes y el noble comportamiento del poeta en aquellas circunstancias difíciles.

Para el examen y valoración de la obra, falta de cronología fidedigna, Rivers la ha clasificado en sonetos, canciones, epístolas, poemas y coplas octosilábicas. Esta clasificación, en principio, me parece aceptable, ya que la poesía de Aldana nos ha sido transmitida caóticamente, apenas impresa en leves manifestaciones en vida del poeta, y publicada, ya muerto, por su hermano Cosme, con no muy buen sentido³. Rivers realiza detenidos

² Los poemas cruzados entre Benedetto Varchi y Aldana pueden verse en el *Epistolario completo* de éste último, reeditado por A. RODRÍGUEZ MOÑO, Badajoz-Madrid, 1946.

³ Aldana fue hombre modesto y nada preocupado por lo que a sus poesías se refería. Tan sólo el soneto XXXIII, en italiano, *In risposta a M. B. Varchi*, se publicó en vida de Aldana. El resto de su producción nos la legó su hermano Cosme, que hizo unas ediciones apresuradas y sin criterio. Ya Quevedo, que pensó editar a Aldana en alguna

análisis de algunas piezas representativas, donde resalta la maestría de Aldana, instalado en la tradición del soneto italiano más que en la del español. Estas consideraciones demuestran con toda claridad la situación espiritual y literaria del escritor, perfectamente instalado en los supuestos artísticos y culturales de su tiempo. Es, en verdad, sorprendente la variedad y riqueza de la poesía de Aldana. Rivers ha destacado, entre otros aspectos, la ladera amorosa, en la cual —cosa inusitada en la poesía castellana— se alcanzan cimas de extremado realismo, en un lenguaje adecuado, resolviéndose el fuerte sensualismo en una explicación de contenido neoplatónico. En otros sonetos, los espirituales, le vemos cerca de Acuña, presentándonos un Felipe II en un lugar casi teológico, expresando de forma inequívoca los ideales de la Contrarreforma. En otros, la vida militar le sirve para utilizar los sentidos corporales en la forma tradicional jerárquica empleada desde Platón y Aristóteles, y usada, en su tiempo, en los *Ejercicios* de San Ignacio, por ejemplo. Los sonetos del capitán son un alto exponente del mundo intelectual y poético de su época.

Dentro de la producción de Aldana, lo más importante son las epístolas. Rivers puntualiza lo referente a la tradición horaciana y destaca la prodigiosa interpretación de nuestro autor, en el tono familiar, la censura de la vida cortesana, el no maravillarse de nada. De entre todas, la obra capital, página exquisita de la literatura española, es la *Epístola a Arias Montano, sobre la contemplación de Dios y los requisitos della*⁴. Con razón coloca Rivers el poema al lado de la famosa *Epístola* de Garcilaso a Boscán y al lado también de la *Epístola moral a Fabio*. Creemos con Rivers que el tono estrictamente confidencial, de recogida intimidad, que estos poemas encierran, es el mejor rasgo de esa literatura, transida de dramatismo. En el caso de Aldana, asistimos a la superación cristiana del humanismo pagano, con alientos de misticismo. Es una auténtica epístola "a lo divino". El camino que Rivers sigue a través de la *Epístola*, viendo hasta dónde puede llegar el basamento horaciano y dónde empieza y hasta dónde llega el concepto cristiano de la vida interior, me parece, dentro de la andadura general del libro, un modelo de sana crítica.

De las páginas de esta obra nos surge un Aldana de carne y hueso, con todo su bagaje de versos —tan poco leídos y tan exquisitos— en la mano. Resulta sugestivo sobremanera verle en la vertiente clara de la generación petrarquista de la segunda mitad del siglo XVI. Se nos presenta como un escalón intermedio, que participa de los signos generales a los soldados poetas (Garcilaso, Acuña, Mendoza, etc.) y comparte ya el ansia de sosiego y recogimiento de los poetas religiosos (fray Luis, Herrera, Medrano, etc.): petrarquismo, sentido de lo heroico, pero también un gesto cansado, desengañado casi. Los paralelos que Rivers señala entre Aldana y fray Luis no son tanto influjos, analogías, etc., como testimonios de la misma actitud vital, honda, el reflejo de la común peripecia humana,

ocasión, las calificó duramente (cf. FRANCISCO DE QUEVEDO, *Obras en verso*, ed. Astrana Marín, Madrid, 1934, p. 668). Tampoco resuelve los problemas de una edición crítica la reproducción de las ediciones madrileñas de 1591 y 1593, efectuadas por MORAGÓN MAESTRE, *Obras completas de Francisco de Aldana*, Madrid, 1953. Un lector curioso puede ahora leer la selección del propio RIVERS, en *Clás. cast.*, 143, Madrid, 1957.

⁴ Sobre la *Epístola a Arias Montano*, véase el libro de ALFREDO LEFEBVRE, *La poesía del capitán Aldana*, Concepción, 1953, donde se dedica una larga y atinada exégesis al poema.

típica, en este caso, de un momento altísimo en la historia española, y que, como era de esperarse, es acusada por las mentes más preclaras⁵.

Muchos son los aciertos de este libro, hecho con rigor, con devoción. Trabajos así irán perfilando el estudio de esas generaciones cultas del siglo XVI, un poco adormiladas en la trastienda de la crítica tradicional. Muy pocas observaciones se le podrían hacer: hablar de católicos "liberales" o "reaccionarios", por ejemplo. Entendemos perfectamente lo que Rivers quiere decir, pero sus expresiones son inadecuadas en el tiempo en que se mueve el libro. Cierto que son disculpables, por la falta de flexibilidad en el dominio de la lengua —lo que no impide que el español del libro sea pulcro. Tampoco es oportuno jugar con las cualidades de don Sebastián, adjetivándolas demasiado coloquialmente (*quijotismo*, *locura*, etc.), por hallarnos ante un personaje que nadie discute ya. Son expresiones que no valoran lo que se critica, sino que ponen de manifiesto el sano apasionamiento del autor por las cosas de España. En fin, pequeños lunares, hijos del entusiasmo de todo libro joven. Esperamos sinceramente que la tarea hispanista del profesor Rivers nos dé aún valiosos y abundantes frutos.

A. ZAMORA VICENTE

El Colegio de México.

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959; 326 pp.

En este volumen se reproducen los estudios que sobre Unamuno y Machado publicó el profesor Sánchez Barbudo en diversas revistas entre 1949 y 1954. Su concepto de la problemática religiosa de Unamuno es ya bien conocido: no sólo no era cristiano, sino que le dominaba un descreimiento absoluto. Considera el autor que los estudios posteriores a 1954 en nada modifican su criterio: "No he sentido en modo alguno —dice— la necesidad de cambiar mi opinión" (p. 11). Será difícil, sin embargo, que todos compartan esa misma satisfacción, pues ni la parte de la obra unamuniana conocida antes de 1954, ni mucho menos la que desde entonces ha venido apareciendo, pueden juzgarse tan categóricamente como hace Sánchez Barbudo.

La mayor parte de lo escrito hasta ahora acerca de Unamuno revela el intento constante de ver su obra y personalidad "desde dentro", de reconstruir su proceso creador con una actitud esencialmente "simpatizante", pues se ha pensado —y creo que con mucha razón— que Unamuno no es comprensible sino desde un punto de vista *imitativo* del suyo propio. Por otra parte, no se debe negar el valor de la interpretación hecha "desde fuera", porque —acertada o no— tal perspectiva sirve para poner en tela de juicio la dogmática afirmación de que Unamuno no cometió nunca faltas de consecuencia. Indudablemente que Sánchez Barbudo aporta un importante estímulo al conjunto de crítica que sobre Unamuno se

⁵ Rivers devuelve a Aldana la paternidad de la *Canción a nuestra Señora* ("No viéramos el rostro al Padre Eterno"), atribuida a fray Luis de León desde la edición de Quevedo. (Cf. *HR*, 20 (1952), 153-158).